

ÍNTIMAS



II

La mujer bascongada

Me he detenido á admirarla lleno de asombro siempre que ha pasado ante mis ojos, erguida y bella, ligera y digna como una hija de la Hélade, fresca como una rosa.

Sufrida y vigorosa como el hombre, recorre con ligero paso distancias increíbles por veredas perdidas entre bosques, pendientes casi siempre, cubiertas de nieve á menudo, sin que el cansancio ni el frío ni menos el calor, enerven el espíritu de raza que anima su ser.

¿Quién no la ha visto en las crudas mañanas de invierno, inmóvil en un puesto de la plaza, vestida de percal, aguardando sobre el pavimento húmedo un comprador á su pobre mercancía? Nadie al verla se ha fijado sin embargo en el sacrificio hecho por aquella mujer, por aquella madre que ha dejado de noche á sus hijos en el hogar y ha tomado la senda escabrosa que conduce á la ciudad, tal vez de pueblos que distan dos leguas, caminando entre tinieblas, expuesta al viento huracanado y á la lluvia, descalza sobre la nieve, y que ya llegada al término de su viaje, siéntase en un puesto del mercado y aguarda á que los compradores se levanten del lecho bien abrigados, mientras ella ofrece á la venta unos cuantos huevos, una marmita de leche y un par de berzas, con los piés amoratados sobre un suelo de piedra.

Nadie se fija en ella y sin embargo, ¡es tan digna de estudio! Su vigor es tal que comparte con el hombre las tareas del campo, rudas

en esta tierra pobre, y las de la navegacion, terribles en un mar legendario por su avidez. En el campo ella cuida del ganado á la vez que el hombre, vende la hortaliza y la leche en el mercado, avía la comida, cuida de los niños, labra la tierra, lava en el rio metida hasta la rodilla, elabora el pan; trabaja con todos y se acuesta la última. En la costa del mar ayuda al hombre en cuanto puede, compone las redes, remienda las velas, vende el pescado, gobierna la casa y sostiene como puede los chubascos de su marido cuando viene de la taberna: y si la apurais, maneja como el mejor marino una barca en ciertos puertos y lleva ella sola pasajeros de un punto á otro. Hasta en la ciudad es modelo de madres y esposas, de laboriosidad y limpieza. Su hogar está siempre pulcro, como el templo del amor.

¡Santa mujer! No os extrañe mi admiración cuando la veo pasar por las sendas tapizadas de flores, bella como el cielo que la sonríe, con mejillas como rosas y labios que muestran al sonreír cándidamente dos hilos de perlas; abundante el cabello castaño, alto y robusto el seno, talle móvil, cuello erguido y tan elegante que podría servir de modelo á un escultor.

Sí, yo la he visto pasar exuberante de vida, con andar ligero y cadencioso, alegre en las fiestas, infatigable en el trabajo, constante en el amor, tierna en el hogar, franca y altiva, mujer ideal que tomó forma en la raza euskara.

¡Dichoso el mortal que te puede llamar madre!

JOSÉ M^a. BASARRIALDE.

